

Mensaje de los obispos suizos con ocasión de la puesta en práctica del nuevo concepto de la pastoral de los migrantes.



SCHWEIZER BISCHOFSKONFERENZ
CONFÉRENCE DES ÉVÊQUES SUISSES
CONFERENZA DEI VESCOVI SVIZZERI
CONFERENZA DILS UESTGS SVIZZERS

rkz

Römisch-Katholische Zentralkonferenz der Schweiz
Conférence centrale catholique romaine de Suisse
Conferenza centrale cattolica romana della Svizzera
Conferenza centrala catolica romana da la Svizra

Mensaje de los obispos suizos con ocasión de la puesta en práctica del nuevo concepto de la pastoral de los migrantes.

El nuevo concepto de la pastoral de los migrantes, ya en manos de todos los actores implicados, es fruto de una dilatada labor de reflexión y concertación. Quiere ser un instrumento que, en atención a las migraciones actuales, toma en consideración la necesidad de una pastoral intercultural. En efecto, hablar hoy de la migración y de sus retos significa evocar las mismas raíces de ese «pueblo en marcha» que es la Iglesia. Significa mostrar nuestra identidad de creyentes como descendientes de Abraham, puesto que nuestras raíces nos unen a ese padre en la fe. «Mi padre fue un arameo errante...» (Deut. 26:5).

Así comienza el Credo de Israel, en el que nace y se manifiesta toda la vida del creyente con su Dios. La Epístola a los hebreos devuelve en eco una profesión del mismo alcance, hablándonos de esos ancestros que transitaron los siglos llevando a hombros únicamente la fe inquebrantable en su Dios y «confesando que eran extranjeros y peregrinos sobre la tierra» (Hebr. 11:13). Sin pretensiones, pero con una convicción que quieren que sea tan sólida como la fe de sus padres, porque se apoya en su ejemplo, los obispos de Suiza, en estrecha colaboración con la Conferencia Central Católica Romana de Suiza (RKZ), promulgan este concepto de la pastoral de los migrantes. Su puesta en marcha se ha reactivado por la urgencia surgida a raíz de los movimientos populares relacionados tanto con los desplazamientos forzosos de los refugiados como con el número creciente de refugiados económicos que llaman a nuestras puertas. La conclusión de un primer análisis ha hecho aflorar una evidencia olvidada: aproximadamente el 40% de la población católica de Suiza viene de la migración. De ello resulta, pues, que muchos, al rezar el credo, logran ponerle cara a sus padres o abuelos cuando afirman «mi padre fue un ... errante». De ello resulta, ante todo, que esta multiplicidad de proveniencias, culturas, idiomas, tradiciones y ritos litúrgicos, tiñe a la Iglesia en Suiza de un color típico, que es el de su propia identidad. Ahora solo falta abrazar esa realidad como oportunidad. Y así se conseguirá si cada uno, respetando las diferencias, está dispuesto a contribuir a la construcción de la Iglesia de Jesús al servicio del bien de todos. Una Iglesia en la que nadie se siente olvidado, abandonado, dejado a un lado (Col. 3:22; Gal. 3:28), una Iglesia que demuestra que el proyecto de comunión tan deseado por Jesucristo (Jn. 17) exige nuestro firme compromiso y toma cuerpo poco a poco.

Las orientaciones indicadas por el Papa Francisco, que invita a acoger, proteger, promover e integrar a los migrantes, nos seguirán sirviendo de pauta. A través de dos breves miradas de curas particularmente implicados en una pastoral en relación diaria con la realidad de la migración, queremos ilustrar que la voluntad de «vivir juntos de forma más activa y de tratarnos con más respeto» constituye un precioso proyecto evangélico.

* * *

A continuación siguen dos relatos de experiencias que dan fe del compromiso pastoral cotidiano de un gran número de misioneros del Evangelio.

Siendo cura mediador durante casi diez años en el este de Lausana, he tenido el placer de conocer a la mayoría de aquellas y aquellos que constituyen la comunidad católica de la diócesis de Lausana-Ginebra-Friburgo: ¡los alófonos! Proceden de orígenes diversos: de Italia, Portugal, de países sudamericanos, de Francia, Polonia, pero también de la parte de Suiza que se encuentra al otro lado del Sarine..., solo para citar los lugares más destacados. Si bien es cierto que la migración en Suiza se retrotrae a más de un siglo, se codean hoy en la comunidad parroquial urbana de Renens tanto italianos del sur de la tercera generación y portugueses del norte de la segunda generación como latinoamericanos llegados recientemente con sus hijos y franceses contratados por la Escuela Politécnica Federal de Lausana (EPFL) y otras empresas del sector secundario y terciario...

- También hay una nueva migración que llega de los países mencionados arriba: formados en el cuadro universitario, de la investigación o de la industria informática/robótica vanguardista, esta gente viene para un período concreto, a menudo con la familia, y si son católicos practicantes, exigen lo mínimo: la misa y la catequesis en su lengua de origen. Tienen el tiempo contado: se quedan por término medio entre cinco y ocho años antes de volver.
- ¿Dos efectos de la etapa pospandémica? Feligreses establecidos desde hace mucho tiempo demoran su regreso al país; los recién llegados en situación precaria y en busca de condiciones económicas más favorables en las inmediaciones de las grandes ciudades de Romandía parecen dispuestos a emigrar...
- Bajo la dirección de los agentes pastorales designados sobre el terreno parroquial y corporativo, esta pluralidad está llamada a interactuar con el entorno vital. En cuanto a los «autóctonos», también se les invita a migrar: moverse hacia el otro, hacia el prójimo, justamente; ¡también es una historia de migración vivir en una comunidad con un 51% de alófonos!
- También hay que tomar en cuenta, tanto en la convivencia social como en el trabajo pastoral de interacción entre católicos de diversas culturas, los roces, las tensiones, las incomprensiones, incluso los fracasos. No se trata de conseguir a toda costa el éxito de la «unidad en la diversidad», sino de fortalecer la confianza intercomunitaria, una tarea lenta y asidua que consiste en relacionarse, escucharse y apoyarse.

Convertirse en católico, *cath'olikos*, solo puede significar crecer en la apertura hacia la pluralidad, siempre de manera inclusiva y más centrífuga que centrípeta... cuando uno está anclado en Cristo, hermano universal e hijo del «Padre nuestro».

(Padre Thierry Schelling, cura)

En el transcurso de mi experiencia pastoral me he dado cuenta de que la pastoral de los migrantes a veces se encuentra atrapada en la lógica «exigir/conceder»: el asilo, el uso de una iglesia o de un espacio parroquial, el financiamiento de actividades pastorales, etc. Creo que es necesario no detenerse solo en el reparto de los espacios litúrgicos y parroquiales, en los recursos económicos y los gastos, sino avanzar en dirección a un reparto en el seno de la Iglesia para alcanzar una comunión más grande.

«El reino de los cielos será también como un hombre que, al emprender un viaje, llamó a sus siervos y les entregó sus bienes. A uno dio cinco talentos, a otro dos y a otro uno, a cada uno conforme a su capacidad; y luego se fue de viaje.» (Mat. 25:14-15)

El Señor llama hacia sí a sus siervos y les confía sus bienes. A cada uno según sus propias dynamis, su capacidad de dirigir y explotar, administrar e invertir, de llevar a cabo, preservar y promover. Luego el Señor se pone en camino; él es el pionero también en la migración, el primogénito de la Iglesia peregrina sobre la tierra.

Todavía hoy es él quien nos llama y nos confía sus bienes, de los cuales el más valioso es su pueblo y el nuestro, su Iglesia.

Nosotros somos todos peregrinos en esta tierra y en este país, donde nacimos o al que llegamos, que nos acoge a todos, y del que cada uno de nosotros es responsable. Grande es el valor de su Iglesia, que es su casa, pero también la casa de todos nosotros, el lugar físico y espiritual donde el pueblo de Dios se reúne y vive una fe personal y comunitaria, una fe que se expresa y se vive en la diversidad. Grande debe ser el amor dinámico por las mujeres y los hombres que constituyen la Iglesia, que la sirven y dirigen y que velan por ella. A través del bautismo todos hemos sido acogidos en el seno de la Iglesia; todos estamos llamados a cuidar de ella y a velar los unos por los otros, a seguir abiertos en la acogida y vigilantes en la promoción del hombre y de sus derechos.

Sean cuales sean nuestra proveniencia y nuestros orígenes, el Señor nos confía sus bienes en función de nuestras diferentes capacidades de acogida y escucha, en el respeto de las diferentes costumbres y tradiciones, en el respeto de la diversidad. Incluso si cedemos a veces ante la tentación de «enterrar» esos bienes, escondiéndolos bajo tierra y aislándolos del resto de la Iglesia, el Señor nos los sigue confiando.

Nos toca a nosotros, a los migrantes y residentes juntos, a cuidar de sus bienes y a estar preparados para acogerle tras su regreso y a escuchar su invitación: «¡Ven a compartir la felicidad de tu señor!» (Mat. 25:21)

(Francesco Marra, diácono)

Que sean agradecidos vivamente los dos compañeros. Sus testimonios aquí presentados ilustran el compromiso pastoral y cotidiano de numerosos misioneros del Evangelio. Nos advierten, por un lado, de las nuevas formas que incesantemente toma la migración al compás de los acontecimientos sociales, económicos y políticos de nuestro mundo, y por otro, de la necesidad de un fuerte anclaje bíblico, primer lugar de inspiración de cualquier respuesta pastoral.

Friburgo, 2 de diciembre de 2020

En nombre de los Obispos suizos

Monseñor Jean-Marie Lovey CRB
Responsable de la sección «migratio»